

bien lo que yo quera establecer en aquel lugar. (1) Los centuriadores de Magdeburgo han absuelto á Liberio de toda tacha. Algunos sabios han sostenido, y esto nos parece lo mas cierto, que Liberio no suscribió á fórmula alguna de Sirmio." (2)

Y sabe vd., Sr. Amador, cuáles fueron los crímenes de ese Pontífice? Ser el blanco de terribles persecuciones; sufrir un largo destierro en el Obispado de Berea, y derramar allí ardientes lágrimas por las sangrientas tragedias de Constancio, protector de los arrianos, que no satisfecho con alejar de la capital del mundo cristiano al Pontífice, dirigia tambien sus golpes contra sus mas ilustres miembros, los obispos, usando con ellos todo género de violencias, como sucedió con el célebre Osio.

Félix II.

Optato Milevitano, San Agustin y otros muchos historiadores, no cuentan á este Pontífice en el catálogo de los Romanos. Mas sea de esto lo que fuere, bueno será hacer notar al Sr. Amador que nada consigue cuando quiere convencernos de la herejía de Félix II, y que por el contrario con lo que dice deja ver que la Iglesia muy justamente lo colocó en el número de sus santos. Porque en efecto sí, como todos lo sabemos, fué este perseguido por Constancio, protector de los arrianos, segun hemos visto al tratar del Papa Liberio, ¿cómo puede sin inconsecuencia decir hoy el *Despertador* que la Iglesia declaró santo ó canonizó á un arriano?

Tengamos lógica, Sr. Amador, y no destruyamos nuestras aserciones con nuestras propias palabras: reflexione que quien es perseguido y desterrado por un arriano, como lo fué Felix II por di-

(1) T. 2 Piezas justific. del 4. Lib. de Berault.

(2) Vease Disertacion sobre el Papa Liberio; Paris chez Lemestre 1,726. in 12.; y últimamente la obra del Papa y de la Iglesia Galicana del Conde de Maistre, lib. 1.º c. 15.

cho emperador, no puede ser partidario de los arrianos; y entonces ya no lo escandalizarán los manejos de la *Cristiana Roma*.

Dámaso I.

Solamente los enemigos de este Papa le han atribuido la carnicería y excesos que se cometieron contra el anti-papa Ursino y sus parciales; pero la historia imparcial lo declara inocente de los escándalos que *sin su conocimiento* cometieron algunos de sus adictos. (1)

Concluye su retrato D. Juan Amador abrumándonos con el peso de sus reconvenciones. Esa division, esos cismas lo hacen *terriblemente cáustico*. Ese acontecimiento, dice, es una prueba magnífica de que á la Iglesia la asiste el Espíritu Santo.

Vd. no conoce el espíritu ni el fondo del catolicismo, y por eso lo asustan y lo hacen descreido esas turbulencias. Nosotros que sabemos que es fuerza que haya escándalos, no nos escandalizamos; nosotros que sabemos que la Iglesia, entre los grandes destinos que tiene que llenar sobre la tierra, el mas glorioso quizá, es el de luchar siempre y vencer siempre á sus enemigos; que los combates no la extenuan, sino que al contrario, se levanta mas vigorosa mientras mas recia y larga es la pelea; nosotros que la vemos seguir imperturbable su camino, aunque algunos de sus propios hijos la abandonen y traicionen ingratos; nosotros, digo, en esos mismos cismas que han aparecido, apenas era una Iglesia naciente, hallamos una prueba de que la asiste y la sostiene el Espíritu Santo; porque no obstante todos esos ataques del cisma, de la herejía, de las potestades humanas, de la filosofía incrédula y del infierno, subsiste, y vive, y lucha, y no morirá jamas. Una institucion puramente humana habria ya sucumbido indudablemente. Los cismas, sea dicho aquí una vez por todas, no prueban nada, Sr. Amador, contra la infalibilidad de la Iglesia católica.

(1) Beaufort t. 1.º p. 231.

Inocencio I.

La misma fábula de que hablamos al tratar de San Marcelino, es otra vez aplicada al Papa San Inocencio.—Contestacion. Es de todo punto falso que haya autorizado los sacrificios de los idolos. (Aunque el Sr. Amador dice que *permitió* tales sacrificios, supongo que quiso decir *autorizó*, aprobó ó cosa semejante; porque *permitir* solamente no es un gran delito, toda vez que Dios mismo *permite* el pecado. Y sea dicho esto de paso en desagravio de la lengua española.)

Lejos, pues, de que este Papa haya *autorizado* la idolatría, fué uno de los mas dignos Pontífices por sus eminentes virtudes, por los consuelos que, cual compasivo padre, prodigó á los prelados *perseguidos*, como á San Juan Crisóstomo; por su infatigable celo en corregir las costumbres corrompidas de su época, y en conservar pura la fé que lo sostuvo hasta su muerte. Fué, además, de un admirable talento, mereciendo por esto que Tillémont en el tomo 10 de sus Memorias para la Historia eclesiástica se espesara así de él. “Instruyó á toda la Iglesia de su tiempo y de los siglos venideros con cartas que escribió: muchas de ellas se han conservado hasta nuestros dias. Contiene reglamentos utilísimos y decisiones muy preciosas, que hacen ver que era hábil en las leyes eclesiásticas, y hasta se conoce que están bastante bien escritas y con bastante destreza, para hacer plausible lo que tal vez puede no ser del todo cierto. A veces se ve en ellas un gran celo por la defensa de la verdad y por la pureza de la disciplina, y una caridad tierna y cordial para con los buenos, y un grande amor de la paz y de la unidad. No ignoraba seguramente la eminencia de su Silla, y no deja de realzarla cuando halla ocasion.”

Bonifacio I.

¡Siempre el mismo en todos sus *retratos* el Sr. Amador! Los santos que mas venera el mundo son para él grandes criminales. El mundo se ha engañado y hoy viene á decirselo. Esa es su mision sobre la tierra. ¡Bien venido sea! Dícenos que San Bonifacio, primero de este nombre, fué agitador, reboltoso y lleno de ambicion; pero por desgracia hoy, lo mismo que siempre, nos lo asegura sin probarlo, sin citar hechos, ni aducir testimonios, ni dejar asomar siquiera algun fundamento que no sea su palabra, *ya* muy gastada en contar falsedades. Y con razon no lo demuestra; pues necesaria para ello que desapareciera la historia de la Iglesia, que nos enseña que verificada la eleccion de Bonifacio, el anti-papa Eulalio, hizo que Symmaco, prefecto de Roma, informase mal al Emperador del verdadero Pontífice Bonifacio, para poder él sentarse en la Silla romana: que como resultado de tal informe se intimó destierro al legítimo Papa, que obedeció sin hacer ninguna azonada, ni provocar ninguna rebelion, porque estaba convencido que el mal seria remediado por Dios. como en efecto sucedió, haciendo que Bonifacio fuera reconocido poco despues como la Suprema Cabeza del catolicismo, y que se le llamara de nuevo por el mismo Emperador á la Cátedra de Pedro, donde asiduamente, si bien con dulzura y clemencia, trabajó y consiguió extinguir el cisma. Hizo mas: alivió caritativamente la esterilidad que sintió Roma en un año de su pontificado. (1)

Symmaco.

A quien dotó ricamente los Santuarios del Señor y adornó los templos del verdadero Dios con lámparas de plata de 120 lb^s. que admiraron al mundo artístico por su magnífica construccion; á quien fué un celoso defensor de los derechos y prerogativas de la

(1) Beaufort t. 1.º p. 284. y sig.

Iglesia católica; á quien, para convencer á sus enemigos de su inocencia y pureza de costumbres, se sujetó á un riguroso exámen, y á quien finalmente, como el Papa Symmaco, trabajó en todos sentidos, sin desviarse de su fé y dignidad, por atraer al rebaño de Jesucristo las ovejas que, como el Emperador Teodoro, andaban descarriadas; debia vd. avergonzarse, Sr. Amador, de hacerlo figurar en su coleccion de grotescos retratos. Para que se convenza de lo que vengo diciendo, necesario me parece rectificar el hecho que vd. cuenta entre las faltas de este Pontífice. Refiere vd. que Symmaco separó de la comunión católica al Emperador Anastasio. Oiga lo que sobre el particular dice el Papa en una de sus cartas á ese mismo Emperador.

“No á vos, Señor, sino á Acasio, es á quien excomulgamos.” Si despues formuló quejas contra él, estas no fueron injustas, supuesto que Anastasio, como nos dice la historia, no dejaba el libre ejercicio del culto á los cristianos, y sí á las sectas disidentes. (1)

Queda, pues, en claro que tenia relaciones con Teodoro, hereje arriano, como conversaba Jesucristo con los pecadores, para atraerlo á la fé católica; y que rectificado ya el hecho del Emperador Anastasio, y visto ya como se conducia este con los fieles, el Papa Symmaco cumplió con sus altos deberes de Potífice y de Pastor, reprendiendo y quejándose amargamente de uno de esos Emperadores y tratando con indulgencia al otro.

Le sorprende á vd. ademas, que este Papa mandase observar ciertas disposiciones conciliares en que se da derecho á las ovejas para acusar al Pastor en el caso de que faltase contra la fé.

Para su instruccion no hablaré yo aquí, sino otra voz mil veces mas autorizada. “Sabido es que el Papa, reconocido como infalible cuando habla *ex-Cathedra*, no lo es sin embargo como persona particular, y en este concepto podria caer en herejía. En tal caso, dicen los teólogos, que el Papa perderia su dignidad; sosteniendo unos que se le deberia destituir, y afirmando otros que la destitucion quedaria realizada por el mero hecho de haberse apartado de la fé.” (2)

(1) Bercastel t. 7. p. 126.

(2) Balmes. Pr^o est. t. 2 p. 270

Félix IV.

Pregunta el Sr. Amador, con aire de triunfo, si los defensores del papado aprueban la eleccion de Felix IV, hecha, añade, por el rey hereje Teodorico.

Los defensores del Papado y los católicos todos, señor curioso, no pueden aprobar nunca la eleccion de sus pontífices por nadie que no sean aquellos que designan los cánones; importando muy poco que se trate del hereje Teodorico ó del cristianísimo Carlo-Magno. Si reconocemos como verdadero Papa á Felix IV, es porque *no fué elegido por Teodorico*, como vd. lo asienta, sin pruebas ningunas, se entiende. “*Roma*, entre tanto, *habia nombrado* por sucesor de Juan I á Felix IV, natural del pais de los sámmites que fué consagrado el 21 de Julio del año 526. (1) Su sucesor, dice Receveur, (t. 2 p. 402) fué Félix IV, que se consagró &c. *Eligieron*, dice Berault (t. 7 p. 221) á Félix que rigió la Iglesia mas de cuatro años.”

No hay, pues, ni una palabra en la historia por la que pueda disimularse una mentira tan grave como la que vd. ha estampado; y queda contestada su pregunta y resueltas sus dudas.

Bonifacio II.

No debia extrañar vd., Sr. Amador, que este Papa haya anatematizado aun despues de su muerte al cismático Dióscoro; porque sabiendo vd. que este fué anti-papa, y por lo mismo introductor del cisma en la Iglesia, y que murió sin haber dado muestras de arrepentimiento; nada extraño debia parecerle, repito, que despues de su muerte se haya hecho constar, (como con sentimiento lo recordamos todavia) que no volvió al gremio de la Iglesia católica despues de su delito, en que se mantuvo con inaudita pertinacia.

(1) Beaufort t. 2.º p. 4

Es cierto que el Pontífice Bonifacio II pretendió nombrarse por sucesor al diácono Vigilio; pero lo es igualmente que conoció luego su falta, y que en prueba de ello y para que la posteridad imparcial nada tuviera que echarle en cara, hizo arrojar al fuego el decreto en que constaba tal falta. (1) ¡Ojalá que siendo vd. un fiel imitador de este Pontífice Romano, conociera sus errores, dando á las llamas sus producciones, para que solamente quedara la memoria de su conversion á la Iglesia de Jesucristo, que tanto y tan gratuitamente ha injuriado!

Silverio.

Contra el Papa Vigilio y contra Silverio se desata hoy en calumnias D. Juan Amador. Dice que Vigilio destronó á Silverio, y que aquel dirigió unas cartas á ciertos eutiquianos en que aprobaba su doctrina y condenaba el dogma católico.

Esas mismas acusaciones se han repetido por los enemigos de los papas hasta el fastidio, y cien veces se les ha contestado: “que esas acusaciones no tienen mas fundamentos que unas cartas fabricadas por los acéfalos en nombre del Pontífice, y aunque los defensores de los tres capítulos les han dado acogida y las han repetido despues los historiadores, no se necesita mas que un poco de critica para conocer lo absurdo de esta especie, (y la de que se valiera Vigilio del general Belisario para destronar á Silverio), porque no puede admitirse que doscientas libras de oro fueran capaces de tentar á un general quehabia hallado otros medios de enriquecerse en Africa y en Italia, si tal hubiera sido su pensamiento; y por otra parte se concibe mucho menos que pudieran tener interes por los eutiquianos unas cartas secretas, ni como pudiera haberse contentado con ellas la emperatriz, ó esperar Vigilio que esto bastaria para cumplir su promesa si la habia hecho. La inverosimilitud de estas dos acusaciones hace sospechosas las que miran á su conducta para con Silverio su predecesor. Habiendo desterrado Belisario á este á Pa-

(1) Receveur 2.º 429.

tara en la Licia, el obispo de la ciudad fué á buscar á Justiniano á Constantinopla, y le amenazó con el juicio de Dios por haber expulsado así al gefe de toda la Iglesia. El Emperador que no sabia nada de las intrigas de la Emperatriz, dió orden para que Silverio fuese conducido otra vez á Roma, y se hicieran informaciones regulares para cercionarse si era el autor de las cartas que se le achacaban; y si se probaba que fuesen suyas se le enviara á otra ciudad sin quitarle su dignidad; mas por el contrario si eran falsas, se le repudiese en su Iglesia. Luego que Silverio estuvo de regreso de Roma, se dice que Vigilio instó á Belisario para que se le entregase, y le desterró á la isla Palmaria, donde murió el 20 de Julio del año 538. Pero tal vez no deba atribuirse este segundo destierro mas que á las órdenes de Belisario y á las intrigas de su muger; animada de las mismas pasiones vituperables que Teodora, y aun Procopio lo insinúa bastante claramente en su historia secreta.

Como quiera, Vigilio fué reconocido Papa legítimo en Occidente desde el punto de su eleccion, lo que puede hacer creer que no fué tan irregular como deberia suponerse, ateniéndose á la relacion de los historiadores, guiados del testimonio de Liberato, defensor exagerado de los tres capítulos. Además, aquel Papa reparó con su celo por la fé las faltas que podia haber cometido para llegar al pontificado.” (1)

Pelagio.

Dura cosa es, Sr. Amador, tener que dar á vd. tan frecuentes *mentis*; pero ¡qué hacer! no hallamos otra palabra mas justa ni mas propia para el que estampa calumnias tan graves como la de que el virtuoso Pontífice Pelagio haya *hecho matar* á Vigilio para sucederle. Abra vd. la historia y allí encontrará que Vigilio murió en la Isla de Siracusa el 10 de Enero de 555 de la enfermedad conocida vulgarmente por de piedra. (2)

(1) Recev. t. 2 p. 436 y 437.

(2) T. 7 p. 343 de Berault.